zadas sobre petates, no habiendo tomado parte en la comida el huésped y las niñas porque lo habian hecho con anticipacion. Recuerdo tambien que despues de la mesa insté de nuevo á Taplin para obligarle á partir, pero que lo resistio como antes, objetándome que queria aprender á hacer cestos.

Igualmente hago memoria, aunque vaga. de que pasamos muchas horas ocupados en manejar ramas de palmera y que en el entretauto Taplin hizo una corte asidua á la bella india, de la que estaba perdidamente enamorado; creo así mismo que llegó á interesarla en su amor, pues por dos ó tres veces me pareció que la jóven le echaba á hurtadillas miradas con que le daba á entender que contaba con su respeto y valor para que la protegiera y defendiese en caso necesario. ¡Pobre mozo! ¡que no debia volverla á ver..... pero yo me anticipo....

.....

.....

Los rayos del sol que penetraban por entre los intersticios de los cactus tiñendolos de sus rojos resplandores, nos advirtieron que iba á espirar el dia Esperabamos á ser mas cuerdos y pediamos nnestros caballos, que Pepe nos trajo ofreciendose voluntariamente á servirnos de guia para que pasasemos la barranca, paso peligroso que se encontraba en el camino. Quisimos obligar á nuestros huéspedes á que recibiesen dinero, pero tuvieron la delicadeza de rehusarlo: viendo lo cual nos sacamos de los dedos nuestros anillos de oro suplicando á las niñas que tuviesen la bondad de conservarlos en recuerdo de nosotros. Aceptaron estos presentes. Nos dimos tiernos adioses y al fin nos separamos sin habernos prometido que nos volveriamos á ver.

CAPITULO LX.

LA BARRANCA.

DESCENDIMOS al valle: nuestra marcha era silenciosa; Pepe y el perro nos servian de guias.

La cañada que atravesabamos estaba cubierta de bosques y la aproximacian de la noche aumentaba aún su aspecto sombrio y tacitnrno. Mi compañero dió algunos pasos atras y parecia absorto en sus pensamientos. Por mas de una milla guardó un silencio obstinado, pero de repente le oí esclamar:

—¡Eh, Haller!

—¿Qué? dije acercandome á él: acababa de pararse y parecia turbado.

—Pienso que he cometido un desatino atacando al jóven mexicano, pues es capaz de veugarse de esa pobre gente.

—¡Ah! vd. ve lo justo.

—Pero ¡por el cielo! añadió rechinando los dientes, si les hace la menor vejacion, lo sabré; porque el niño nos ha prometido venir á vernos en el campo y á decirnos lo que pase allá abajo, y si.... ¡ah! Volvime para ver cual podia ser la causa de esta súbita esclamacion hecha por Taplin con sin-

gular acento. El subteniente registraba una de las tapafundas donde habia puesto una pistola; pero aquella estaba vacia.

—¡Gran Dios! esclamé registrando las mias ¡nuestras pistolas no están aquí!

Mirámonos con una espresion de espanto, y en ello debia haber alguna trama. ¿Quién las podia haber robado? Llamamos á Pepe, quien nos dijo que no sabia de ellas: ¿Las habia visto? No: él registró las pistoleras al tiempo de nuesta llegada y antes de la de D. Juan, y no encontró dentro, segun manifestaba sino dos botellas, nada mas.

—¿Cuándo vió vd. por última vez las pistolas, Haller? preguntó mi camarada.

—Desde... ¡ah! ¡una idea! ya sé dónde paran. ¿Recuerda vd. aquella gente de mala traza que encontramos en San Miguel? pues ellos son los que las habrán tomado mientras que comiamos los chicharrones en el interior de la fonda.

—¡Ah! tiene vd. razon; allí las hemos perdido. Somos dos grandes calaveras. Sin embargo, vale mas haberlas perdido allí que en el rancho, pues así este suceso tiene menos relacion con el peligro que nos amenaza.

—Es verdad: sin embargo, lo mejor que podemos hacer es ponernos en guardia.

—¡En guardia! ¿y con qué? Con estas agujas que tenemos al costado: por cierto que nos serán de suma utilidad. ¡Que el diablo se lleve al catalan!

Ibamos entrando por una garganta profunda en cuyo fondo corria un torrente considerable, engrosado por la borrasca del dia. El sendero que seguiamos costeaba el arroyo, pero elevándose gradualmente por encima de su lecho hasta que terminó por hallarse á cuatrocientos ó quinientos piés debajo del camino. El cerro estaba cortado perpendicularmente, y desprovisto de toda vegetacion, escepto algunos árboles raquíticos cactus, espinosos nacidos entre las hendiduras de las rocas; pero al pié de la pendiente, sobre la orilla del agua, habia árboles en mayor número y de una vegetacion mas vigorosa.

Era uno de aquellos caminos tan comunes en México que no pueden subir sino los gatos salvajes, ó las mulas y caballos. Esta garganta sombría y desolada es conocida en el país por el nombre de *Puerto del infierno;* el aspecto del lugar justifica muy bien este nombre.

Para aumentar mas la desolacion de un paraje tan silvestre y la dificultad del camino habia vuelto la borrasca, los relámpagos sulcaban el cielo y el agua caia á torrentes.

Sin embargo, era imposible pensar en hacer alto en un lugar tan peligroso, y avanzábamos siempre guiados por el niño que saltaba de roca en roca con la agilidad de una cabra. Tenia en la mano su sombrero blanco de palma; el que brillando de rato en rato á la luz de los relámpagos nos servia como un faro para guiar nuestros pasos. A veces oiamos la voz de Pepe que se levantaba por encima de la borrasca, advirtiéndonos que evitásemos algun riesgo.

Este niño parecia muy atento á desempeñar su mision de guia, venciendo como de juego todos los obstáculos que encontraba con una destreza y sangre fria que le valieron nuestra admiracion y gratitud.

La borrasca que nos sorprendió á la entrada de la barranca empezaba á disiparse, cuando llegamos al otro lado. Debiamos acercarnos al campo; pero la noche estaba cubierta de espesas tinieblas, y no

podiamos andar sino paso á paso sobre un camino resbaloso y difícil. Los relámpagos eran menos brillantes y frecuentes; sin embargo á la luz de uno de ellos, creí observar huellas de caballos impresas en el barro sobre el márgen del torrente, que costeábamos entonces muy de cerca. Taplin habia hecho la misma observacion que yo, y así dirigimos las miradas á la tierra, á fin de aprovecharnos del primer relámpago para comprobar nuestras observaciones. El relámpago brilló y antes que su viva luz se perdiese en las profundidades del cielo, se oyó la voz de mi amigo.

—Son recientes, decia, y tan numerosas como si hubiese pasado por aquí un rebaño de carneros.

—¿Cree vd. que sean recientes?

—Sí, seguramente: han pasado despues de la lluvia: mire, mire vd.; aqui hay otras formadas no hace aun cinco minutos, sin duda alguna. Deben ser al menos cincuenta caballos. Hénos aquí en bonita posicion, capitan!

—Chiton, hable vd. mas bajo, que no deben estar lejos.

Apenas murmuré esta advertencia, el perro, que estaba con Pepe algunos pasos mas adelante de nuestros caballos, se puso á ahullar dando vueltas á la redonda, y luego se lanzó en medio de los bosques continuando sus ladridos con una violencia creciente.

—¡A fe mia! ¡hénos ya en medio de ellos! dijo mi camarada en voz baja. Desmontémonos, Haller, y tratemos de ganar las malezas, único recurso que nos queda para salvarnos. ¡Vamos!

Al mismo instante oile apearse en el barro, y me disponia á seguir su ejemplo cuando un grito salvaje hirió mis oidos. Un objeto pesado acababa de

bajarse detras de mí cerca de la grupa de mi caballo, dos brazos me rodeaban el cuerpo que me apretaban como el abrazo de un oso; mi caballo espantado se lanzó adelante, luego volvió repentinamente atras como si alguno le hubiese hecho recular sujetandole el freno. Hice todos los esfuerzos posibles para librarme de la opresion de mi antagonista; rodamos juntos en el barro, y al mismo tiempo muchos cuerpos cayeron sobre mí; yo estaba debajo y me ahogaba.

Un relámpago que vino á iluminar la escena me hizo ver el camino lleno de un gran número de hombres de aspecto salvaje que gritaban blandiendo las espadas desnudas que despedian centellas.

A la claridad de un nuevo rayo pude distinguir á mi compañero rodeado de mucha gente, tendido en el barro, bañado su rostro de sangre y me pareció que estaba muerto.

—Taplin, esclamé con todas mis fuerzas á fin de dominar el tumulto.

—Y bien, mi buen amigo, ¿qué es de vd? me respondió.

—¡Loado sea Dios! dije, aun no lo han matado.

La algazara empezaba á calmarse; nuestros agresores despues de haberse llamado unos á otros, se habian reunido todos al rededor nuestro. Uno de ellos, que parecia ser su gefe, les impuso silencio y dió algunas órdenes en voz baja. Poco despues me cogieron así como á mi compañero, y nos condujeron al centro de un bosque por un paraje descubierto donde se encontraban muchos caballos.

—¡Fuego! gritó el gefe.

A esta órden algunos de ellos trajeron ramas secas y muy pronto hubo fuego.

Así que brilló la llama miré á nuestros enemigos.

La primera mirada bastó para hacerme reconocer el brillante traje del hacendado D. Juan que se mantenia á cierta distancia y hablaba con el que parecia ser gefe de la partida. Los demas no podian ser *peones*, porque estaban todos armados y equipados, no con lujo como D. Juan, sino como gente que acostumbra batirse. Todos tenian escopetas atadas al arzon de su silla y muchos llevaban pistoleras militares. Habiamos caido en manos de una nueva guerrilla, y mirando mas de cerca á los hombres de que se componia, reconocí fácilmente entre ellos las caras de los que me llamaron la atencion é infundieron sospechas por la mañana en la taberna de San Miguel. Pero lo que mas nos sorprendió á mi compañero y á mí fué la presencia en medio de aquellos bergantes, de dos hombres vestidos con el uniforme de nuestro propio regimiento.

—Sin duda son prisioneros, creiamos nosotros.

Pero bien pronto tuvimos ocasion de salir de este error, porque uno de ellos apoderándose de una hacha encendida nos la acercó á la cara diciendo:

—Vean vdes., pues, como los hemos cogido!

—¡Lanty de mi compañía! esclamó Taplin reconociendo á uno de ellos; ¡infame bellaco!

—¡Togel, de la mia, miserable prusiano! dije por mi parte reconociendo tambien á mi hombre.

Igualmente nos reconocieron los desertores con grande regococijo suyo.

—¡Ah! ¡cabeza y sangre! murmuró el irlandés acentuando sus palabras, ¡ah! es el se....ñor Ta... plin: el se....ñor.... subte....niente Ta....plin ¿Con que es vd?

—¡Vah! esclamo el Prusiano con una voz gutural dirigiendose á mí; es *¡montchir Haller qué ché foi ici mein Gott, es ser pien pon!*

—¡Ah! señor Taplin, continuaba el Irlandés, apostrofando siempre á mi compañero, por causa de vd. hé recibido veintinueve latigazos en las espaldas y quien recibe á dar se obliga, mi oficial; ¡ya vd. me entiende!

Diciendo asi dió á Taplin un latigazo en las mejillas.

El golpe fué dado sin violencia, menos con la intencion de hacer mal al subteniente que con la de ultrajarle. El miserable tuvo ocasion de felicitarse del resultado de su accion. porque habia logrado su objeto. Los ojos de Taplin brillaron al recibir este insulto como dos carbones ardientes: parecian querer salir de sus órbitas; su cuerpo se agitó con un temblor convulsivo, pero se contuvo y no pronunció una sola palabra, sin duda por temor de provocar algun nuevo ultraje.

Acercose á mi el Prusiano, y esperaba que me tratase del mismo modo que á mi compañero, pero me equivoqué, pues el sentimiento de venganza del Germano estaba mejor calculado. Despues de haber mirado al rededor de sí para ver si lo observaban, sacó el desertor con mucha sutileza de mi faltriquera mi reloj de repeticion, cuya cadena habia visto y lo ocultó en sus vestidos. Lanty, que observó la accion de su compañero, no quiso quedarse atrás y se apropió de igual modo el reloj de Taplin.

Muchos guerrilleros se habian reunido al rededor nuestro para gozar de la entrevista de los desertores y prisioneros, pero no se limitaron al simple papel de espectadores, cada uno quiso tener parte en el botin, y en un abrir y cerrar de ojos nos despojaron de nuestro dinero, espadas, espuelas y cinturones.

Creiamos, pues, que estos ladrones quedarian sa-

tisfechos, porque nos parecio que habiéndonos quitado todo lo que teniamos, no encontrarian ya nada que robar; pero nos equivocamos.

—¡Madre de Moisés! Vogel, dijo Lanty volviéndose para el Prusiano, y mostrándole su uniforme gastado; ¿sabe vd. que no le está bien su vestido y que el del Capitan le sentaria mucho mejor? ¿qué le parece á vd?

—*¡Gott verdamme mich!* vous afre lá ine pien pone iteé, respondió el otro.

—Yo tampoco estoy que digámos en un trage muy brillante, pero espero que Mr. Taplin contribuirá en algo para el surtido de mi guarda-ropa, pues justamente es de mi estatura.

Vogel indicó con una seña de cabeza al gefe de la guerrilla.

—¡Oh no tenga vd. miedo: él no se opondrá á ello, replicó el Irlandés; pero no es bastante: debemos ante todo obtener el consentimiento de nuestros oficiales, añadió con un tono de urbanidad afectada.

—¡Ya, ya! respondió el Prusiano.

—Conviene portarse siempre como soldado respetuoso. Señor Taplin, permítame vd. que le desembarace de esas botas, pues ademas de estar yá usadas; no sirven para un clima tan cálido. Pido á vd. igual permiso para tomar prestada su capa: es muy incómoda para correr por chaparrales y se trabaria en las zarzas.

No respondiendo Taplin á las groseras bufonadas del soldado, añadió este en forma de peroracion.

—Quien calla otorga.... Ahora vd. Vogel, haga su negocio con el Capitan.

Por seguir el ejemplo de su camarada me hizo el Prusiano algunas preguntas en un lenguage que

nadie, escepto él, comprendia, y viendo que no le respondia se contentó con mi silencio que se dignó tomar, como lo habia hecho su amigo, por un consentimiento suficiente.

Practicada esta ligera ceremonia, se alejó de nosotros el Irlandés para acercarse al Gefe de los guerrilleros que hablaba á cierto trecho con el jóven hacendado y otros dos ó tres individuos. Ví que se trataba de nuestros vestidos, porque el deserto rdirigiéndose al Gefe nos señalaba con el dedo. El y su camarada tenian derechos que reclamar en su favor, pues á su fuerza muscular eran deudores de la facilidad con que nos habian capturado, y á la verdad no fueron mexicanos los brazos que me apretaban el pecho hasta sofocarme.

Algunos instantes despues volvió nuestro hombre acompañado de Vogel y de muchos guerrilleros, se apoderó de nosotros, nos desató las manos y nos acabó de quitar los vestidos, reemplazandolos con las capas de los desertores que nos echaron sobre los hombros. No hicimos la menor resistencia, porque nos hubiera sido inútil, y sabiamos muy bien que si rehusábamos las chaquetas de nuestros soldados, nos dejarian en camisa.

Terminada esta operacion nos ligaron las manos y desataron los piés. Como nos habian quitado los pantalones, botas y medias y ademas los gorros, quedamos desnudos de piés á cabeza; porque aunque nuestras botas fuesen muy pequeñas para los desertores, se las apropiaron dos mexicanos que iban con ellos; sin darnos las suyas en cambio.

En un abrir y cerrar de ojos Lanty y Vogel se vistieron de nuestros despojos y los vimos pavonearse con sus nuevos trages. tratándose reciprocamente

con gran fiesta de los guerrilleros, de *Capitan Vogel y Subteniente Lanty.*

Entretanto se habian acercado á nosotros el gefe de la partida y el hacendado: por su conversacion comprendí que la guerrilla no estaba establecida en los alrededores y que era una partida de esploradores enviada de Orizava por Santa-Anna.

Habian llegado la mañana del mismo dia y resultó ser la vanguardia que vimos en San Miguel. Despues de nuestro encuentro en el rancho con D. Juan, este fué á encontrarlos, y satisfecho de haber hallado tan pronto medio de vengarse de la afrenta que habia recibido, se encargó de conducirlos en nuestro alcance.

Supe ademas que su designio era llevarnos á San Andrés Chalcomulco, lugar situado en el camino que seguia Santa-Anna para trasladarse de Orizava á Puebla, donde el Gefe de la partida debia reunirse con el General.

De nuevo llamaron la atencion del Gefe los dos desertores, quienes como lo hé dicho yá, se pavoneaban con sus bellos vestidos. Despues de algunas palabras dirigidas á D. Juan en voz baja, les ordenó que pasasen con él al otro lado de la pradera: los dos soldados obedecieron al Gefe y le siguieron. Conversaron largo tiempo juntos, porque el Irlandés hablaba el español: pues era un desertor del ejército anglo-canadense que habia servido yá en España en la legion de Evans.

Al cabo de algunas conversaciones de mero pasatiempo, pareció evidente que acababan de concertar un plan. Acercáronse al fuego Lanty y Vogel á secar sus vestidos; devolvieron á estos desertores nuestras espadas, de que se habian apoderado algunos Mexicanos, y se las colgaron á la cintura: trageron nuestros caballos, en los que montaron los dos soldados vestidos de oficiales, y se alejaron de nosotros tomando la direccion del campo americano.

Nos cogieron de nuevo á mí compañero y á mí y nos montaron atandonos fuertemente sobre una mula de silla.

Sonó el clarin dando la señal de la partida, y poco despues continuámos el camino de la barranca, por el que entrámos en hileras unos en pos de otros.

CAPITULO LXI.

ULTIMO ESFUERZO.

SIN las consecuencias probables de este nuevo viage, hubiera sido para nosotros menos terrible y espantoso que el que hicimos á los mismos lugares, poco tiempo antes. La borrasca se habia calmado, despejádose el cielo y las mulas marchaban con paso seguro siguiendo á un guia que mostraba conocer perfectamente el terreno.

No lejos del rancho del indio, á cerca de una milla de esta habitacion, se halló un camino que atravesaba el que nosotros seguiamos. Este camino se dividia en dos, uno de los cuales conducia á la ha-

cienda de D. Juan situada á cerca de tres millas, y el otro despues de haber pasado por las montañas, iba á parar á San Miguel Soldado.

Ambos á pesar de sus nombres, no eran sino senderos cercados por todas partes de bosques y chaparrales.

En esta encrucijada se paró la tropa y llegó á mis oidos el diálogo siguiente.

—¿Vd. no quiere volver á mi casa, Capitan?

Esta pregunta hecha por el joven hacendado, se dirigia al Gefe de los guerrilleros.

—Doy á vd. las gracias, D. Juan, replicó este, pues me apartaria muy lejos de mi destino: Este viejo rancho servirá para guarecer á la mayor parte de nosotros, los demas dormiran en los bosques, lo que no es nuevo para gente de nuestra profesion. El General dejará mañana á Orizava, y debo encontrarle en San Andrés. Sus movimientos pueden depender de que esos hombres.....

Aqui el Gefe bajo la voz y no pudimos oir el resto de su frase.

—¡Muy bien! respondió el joven tocando con la espuela á su caballo, yo seré feliz si se me presenta ocasion de volver á recibir á vd. *¡Vaya con Dios, y mueran los yankees!*

En medio de los vivas que esta esclamacion patriótica escitó en la tropa, tomó el hacendado la ruta opuesta alejándose á galope.

A algunos pasos del lugar donde nos habiamos parado se alzaba un rancho abandonado, medio destruido y casi oculto por los árboles, por cuyo parage se dirigió la tropa despues de la partida de D. Juan. Así que llegaron á este rancho se apearon los guerrilleros y el Gefe y muchos de sus hombres entraron en la casa. Mi amigo y yo esperábamos ser

conducidos al interior, figurándonos que nos harian el honor de ponernos bajo techo; pero en el supuesto bien entendido, no de nuestra comodidad, sino para poder vigilarnos mas fácilmente. Con gran sorpresa nuestra no fué esta idea la de los guerrilleros: pusiéronnos buenamente en tierra, apretaron los lazos que ligaban nuestras manos y pies y nos dejaron allí bajo la custodia de dos bellacos muy despejados que andaban en círculo al rededor nuestro con sus carabinas cargadas debajo del brazo. De esta suerte los enemigos se creian suficientemente en guarda contra toda tentativa de evasion por nuestra parte.

Los caballos de la guerrilla fueron atados allí cerca en estacas introducidas en tierra con grandes lazos que les permitian pacer.

Colocáronnos de espaldas, en cuya posicion permanecimos algun tiempo, sin pronunciar una sola palabra, los ojos vueltos al cielo, donde flotaban masas sombrías de nubes que sulcaba á veces la luz brillante de los relámpagos.

Al cabo de cierto tiempo llegaron algunos hombres con mulas cargadas de provisiones que fueron transportadas inmediatamente al rancho, y bien pronto oimos á los guerrilleros que se entregaban ruidosamente á la alegría del festin. Nuestros dos guardas habian llegado á apoderarse de una botella de aguardiente y se la pasaban con tanta frecuencia el uno al otro que no tardamos en descubrir qne su vigilancia se iba adormeciendo; pero nada ganábamos con ello, porque nos tenian tan estrechamente ligados de piés y manos que no podiamos hacer un movimiento sin que se nos entrasen las cuerdas por las carnes: en una palabra habiamos sido atados por mexicanos; y creimos, pues,

con dolor que no nos quedaba ningun arbitrio posible de evadirnos.

—¡Cuán fácil nos hubiera sido escaparnos, á no ser esa diabólica cuerda! dijo Taplin en voz baja al cabo de algunos esfuerzos que salieron infructuosos.

Despues de nuestra captura perdimos de vista al jóven indio, que desapareció como por encanto. ¿Qué se hizo de él? Entonces me ocurrió que podia habernos vendido. Comuniqué esta reflexion á Taplin quien se esforzó en combatirla, recordándome los testimonios de amistad que el niño nos habia dado; ademas de la confianza que le hizo de los sentimientos de odio que alimentaba contra el hacendado á causa de ciertos latigazos que le dió un dia.

Repugnaba á mi amigo creer en la traicion de este niño á quien habia cobrado afecto menos aún, supongo, por la gentileza de su persona que por razon de los lazos de familia que le unian a Anita.

—No puedo, dijo despues de un largo silencio, durante el cual examinó todas las fases de la cuestion, no, no puedo creer en esa infamia. Si el niño hubiera querido traicionarnos, no hubiera traido el perro consigo. ¡Pobre animal! nos advirtió bien, pero ya era tarde. No, se lo repito á vd., el niño no es un traidor, solo si habrá tenido miedo y se habrá vuelto á su casa.

Yo no podia convencerme con los argumentos de Taplin en favor de nuestro último guia: su conducta estraña durante el camino, su desaparicion maravillosa combinada con la de nuestras pistolas me infundian sospechas, que en vano procuraba desvanecer.

Iba aun á insistir á este respecto contra la opi-

nion de mi amigo, cuando sentí sobre mis mejillas una cosa fria y húmeda: temblando de pavor me levanté de donde estaba tendido y miré á todas partes para descubrir la causa de esta sensacion.

Hacia mny poca claridad: con trabajo pude percibir una forma negra que se movia en la sombra y vino á pararse cerca de la cabeza de mi compañero que estaba echado á algunos pasos de mí; quien se sobrecogió á su vez y apoyándose sobre el codo, prorumpió en esta esclamacion involuntaria:

—¿Qué diablo es eso?

Un murmullo medio sordo respondió á esta pregunta: reconocimos al perro de San Bernardo. Al cabo de un instante volvió á mí el animal y colocó de nuevo su hocico sobre mi cara agitando la cola en señal de alegria. Llamelo por su nombre; pero en voz baja; porque á la vista del perro me ocurrió que el muchacho no estaria lejos, renaciendo en mi corazon la esperanza de una próxima soltura. A tiempo que hacia esta reflexion, un relámpago atravesó las nubes, y percibí, no sin sorpresa, que el perro tenia entre sus dientes una cosa brillante que reconocí en seguida: era un cuchillo, el mismo que mi compañero dió al jóven indio el dia que libertamos á sus hermanas.

Taplin lo reconoció al mismo tiempo que yo, y esclamó sin reflexion.

—¡Prodigio! el perro me trae mi antiguo cuchillo.

—Chiton, le dije.

Viendo el perro que yo no lo tomaba, se volvió á Taplin, luego de Taplin volvió á mí, dando muestras de admiracion al vernos permanecer tan tranquilos.

En estas ides y venidas del perro, acabé de adi-

vinar el fin con que nos lo habian enviado, y admirando la astucia del artificio, así que el perro vino de nuevo á colocar su nariz sobre mis mejillas, cogí con mis dientes la hoja del cuchillo que estaba abierto, y la retuve fuertemente. Pero conociendo el animal mi intencion de apoderarme del objeto que llevaba, se tendió de repente hácia atras y desapareció en la sombra sin haberlo dejado.

—¡Qué desgracia! esclamó Taplin, que se acercó á mí, atendiendo á esta escena con la mayor ansiedad.

Estábamos aun lamentando nuestro infortunio, cuando volvió á presentarse el perro, pero sin el cuchillo en la boca.... lo traia colgado del cuello.

Llegóse primero á mi camarada, quien se esforzó á su vez por coger el instrumento con sus dientes; pero no lo pudo conseguir porque el perro no se estaba quieto.

—¡Ho! ¡perrito! ¡loro! ¡oh!

Pronuncié estas palabras con un tono cariñoso: al oir mi voz el perro se me aproximó tanto que al fin pude conseguir asir con mis dientes la cuerda que retenia el cuchillo, tirando con tanta violencia que se rompió cayendo el instrumento sobre el suelo directamente debajo de mi cara.

—¡Atras perro! grité entonces con un tono de cólera para alejar al animal que se disponia á recogerlo.

Pero á la palabra de *Afuera* que le dirigí se lajó corriendo y se marchó por donde habia venido. Durante toda esta escena nuestros guardas, que se habian sentado en tierra, ocupados enteramente en beber, no pensaban en vigilarnos.

—¡Si pudieran dejarnos en paz por cinco minutos á lo menos! dije en voz baja á mi compañero.

Acérquese vd. mas.... bien! Ahora vuélvame la espalda!.... ¡Eso es!

Teniamos las manos ligadas por detras y por consiguiente no podiamos hacer nada para auxiliarnos. Habiendo vuelto mi compañero la cara contra tierra, como se lo habia indicado, apoyé mi barba sobre sus hombros, despues de haber tenido cuidado de colocar el cuchillo entre mis dientes de modo que el filo estuviese para afuera, el que puse en contacto con la cuerda moviendo la cabeza de alto abajo y apoyándolo sobre ella. Al fin de cierto número de oscilaciones repetidas, tuve la felicidad de oir el ruido que hizo la correa al romperse cuando la corté por el lado del nudo; y á pocos instantes, mi compañero se halló con las manos libres.

Lo demas era cosa fácil y en un segundo nos vimos sin ligaduras.

Habiamos resuelto ganar la selva que estaba cerca de veinte pasos de nosotros; pero creimos prudente aguardar á que la atencion de nuestros guardas se reconcentrase en otra segunda botella de aguardiente, que uno de sus compañeros le acababa de traer. Bien pronto se sentaron los tres y parecieron esclusivamente ocupados en festejar el generoso licor.

La ocasion era favorable; llegamos arrastrándonos como enormes lagartos á deslizarnos sin ruido detras de algunos caballos. Allí nos detuvimos otro rato latiéndonos el corazon y con el oido alerta. Esperábamos que un relámpago nos alumbrase la direccion que debiamos tomar: brilló al fin, y levantándonos inmediatamente en tres ó cuatro saltos nos pusimos á la orilla del chaparral. El perro salió retozando á nuestro encuentro, y al mismo

instante ví á mi camarada coger á uno en sus brazos y estrecharle con el furor de un demente. Era Pepe nuestro libertador, al que Taplin manifestaba así su profundo reconocimiento.

No teniamos tiempo que perder porque nos era forzoso pasar el desfiladero antes que se pusiesen á perseguirnos: no necesitábamos de guia por conocer bastante la barranca, á la otra estremidad de la cual sabiamos que se encontraba la aldea de Banderilla. Si nos llegaban á perseguir, teniamos tambien el recurso de ocultarnos en los matorrales que cercaban el camino. Por otra parte el perro hubiera podido vendernos, y valia mas que fuésemos solos.

Todos estos motivos nos determinaron á despedir á nuestro guia que se llevó consigo al San Bernardo y tomó el camino del rancho, entrando nosotros sin pérdida de tiempo por el que conducia á la barranca.

Bien pronto llegamos á esta garganta: estaba mas sombría que nunca: avanzábamos poco á poco, obligados como estábamos á esperar la mayor parte del tiempo á que un relámpago viniese á indicarnos nuestro camino. De esta suerte, y no sin mucho trabajo, llegamos al punto culminante donde aquel se encuentra, como lo hemos dicho, suspenso casi perpendicularmente por encima del torrente que brama á mas de mil piés de profundidad. Cuando los relámpagos nos permitian entrever nuestra posicion nos estremeciamos de horror reconociendo que estábamos separados del abismo solo por algunas pulgadas, y que un solo paso bastaria para precipitarnos en él.

Teniamos los piés descalzos, como recordará el lector, y esto quizá nos favorecia, porque así corriamos menos riesgo de resbalar sobre la pendiente rápida por donde andábamos. Es verdad que por otra parte no nos ayudaban los piés á causa de los rasguños que habian recibido.

Taplin iba algunos pasos delante, cuando me pareció oir un ruido de voz: pareme á escuchar, pues podia ser de gente que venia en persecucion nuestra. A pesar de toda mi atencion no percibí nada; y debo creer que me equivoqué, tomando por voces humanas el bramido del torrente. En esta conviccion me reuní á mi compañero en una pequeña plata-forma donde el camino formaba un ángulo y daba vueltas al rededor de la roca. Acordéme de este parge por haberlo visto poco antes de anochecer. Es una pequeña meseta de algunos pasos de ancho que domina los alrededores. Habia subido Taplin á esta plata-forma, donde me esperaba, dibujándose su aventajada estatura en las olas del cielo, y me pareció que tenia la actitud de un hombre que escucha.

—¿Oye vd. algo? le pregunté despues de haberlo alcanzado.

—Silencio, silencio....¡escuche vd. por Dios! silencio.....

Nos dimos el brazo y nos inclinamos sobre el abismo para oir mejor.

Percibiéronse muchas voces confundidas con el ruido de pasos de caballos, y poco despues dos ginetes llegaron á la ribera de la barranca y se pararon. No los veiamos sino muy imperfectamente, y en la oscuridad que nos rodeaba descollaban como dos estatuas ecuestres de gigantescas proporciones. ¿Quiénes podian ser estos hombres? No venian en persecucion de nosotros, pues que salieron por el

lado opuesto, pareciendo mas bien que nos salian al encuentro;.....brilló un relámpago.....

—¡Ah! son los malditos renegados, esclamó Taplin caminando adelante.....Vamos á ver ahora.....

Dos pistoletazos siguieron al relámpago; al mismo tiempo los dos soldados se precipitaron al suelo de sus sillas, é hicieron atras los caballos como para dejar á los hombres libre el sitio del combate. Ví á Taplin agarrarse de uno de nuestros adversarios, yo cogí al otro, el resplandor de una espada pasó por delante de mis ojos, la empuñé y la hice pedazos con mis manos. El voto aleman que siguió me dió pronto á conocer con quien me las habia.

Ambos sin armas nos asimos á brazo.....Sola la fuerza debia decidir....¿Cuál de los dos lanzaria al otro en el abismo?.....

La certidumbre del destino reservado al vencido redoblaba nuestras fuerzas. Caimos juntos sobre la roca, pero presto nos levantámos dispuestos á nueva lucha....¿Cuál seria el éxito de ella?.... De repente mi adversario sobrecogido por un miedo repentino retrocedió algunos pasos, se inclinó y desapareció rápidamente en la oscuridad.

Considerándome feliz en verme libre de él á tan poca costa, no traté de perseguirle, prefiriendo con mucho ayudar á mi camarada que tenia empeñada con el irlandés una lucha semejante á la mia.

Nuevo relámpago vino en este instante á iluminar una escena que heló de espanto la sangre de mis venas. Dos combatientes luchaban sobre el borde del precipicio, el soldado y el oficial, este ya casi suspenso, mientras que el otro sólidamente apoyado en sus piés, parecia hacer el último esfuerzo para arrancar á su enemigo del suelo y lanzarle en

el abismo.....¡Qué horror!....antes que la luz eléctrica hubiese desaparecido enteramente del cielo, vi al soldado solo sobre la roca, y oi un grito terrible.....el oficial habia desaparecido.

Lancéme con un grito de venganza.

—¡Miserable! vas á seguirle, esclamé.

Y cogiendo al soldado por el cuello me esforzaba por empujarlo al borde de la plata-forma.

—¡Ah! ¿qué diablos va vd. á hacer, señor Haller? Soy yo.

—¡Gran Dios! ¡Taplin! esclamé soltando el cuello de su vestido y cayendo de rodillas en una especie de postracion.

Era en efecto mi amigo que estaba delante de mí, y el grito que salió de las profundidades del abismo fué lanzado por el desertor.

Habia olvidado en aquel momento el cambio de uniforme.

.....

.....

Encontramos los caballos en los bosques, montamos en ellos, y ganamos el campo, al que llegamos poco despues de media noche. Al dia siguiente por la mañana nos informamos al despertar de que el regimiento tenia órden de partir en el mismo dia, y á la mitad de él estábamos en camino y suabmos la ruta montuosa que conduce á las llanuras de Perote.

¡Pobre Taplin! él sacó aun su espada en muchas batallas; pero ¡ay! esta fuerte espada ha quedado sobre la fosa de su dueño en el campo de matanza de Molino del Rey.